

Rosi Braidotti

FEMINISMO, DIFERENCIA SEXUAL Y SUBJETIVIDAD NÓMADE

Edición a cargo de Amalia Fischer Pfeiffer

gedisa
editorial
diferencias

© Rosi Braidotti
© Amalia Fischer Pfeiffer de la compilación y el capítulo 10

Diseño de cubierta: Edgardo Carosia

Traducción de Gabriela Ventureira, excepto capítulo 8: María Luisa Femenías

Primera edición: junio de 2004, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-9784-023-2
Depósito legal: B. 29685-2004

Impreso por Romanyà Valls
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

índice

1. El sujeto en el feminismo	9
2. Sobre el sujeto feminista femenino o desde el «sí mismo-mujer» hasta el «otro mujer»	33
3. Feminismo y posmodernismo: el antirrelativismo y la subjetividad nómada	55
4. El feminismo con cualquier otro nombre	69
5. El ciberfeminismo con una diferencia	107
6. Género y posgénero: ¿el futuro de una ilusión?	131
7. El devenir mujer: repensar la positividad de la diferencia	151
8. Diferencia sexual, incardinamiento y devenir.	187
9. Las figuraciones del nomadismo	201
10. Deleuze, ética y derechos humanos	227
Fuentes	233



El sujeto en el feminismo

Rector Magnificus, estimados colegas, damas y caballeros:

Sería por cierto históricamente falso e intelectualmente pretencioso pensar que soy la primera mujer que tiene el privilegio de subir estos escalones y dirigirse a la comunidad de académicos, ciudadanos y amigos hoy reunidos aquí. Algunas vinieron antes que yo, y muchas más habrán de seguirme. Sin embargo, es con una cierta vacilación que estoy aquí, frente a ustedes, a punto de analizar el problema de la subjetividad femenina como si nunca hubiera sido tratado antes por nadie de mi género. Algunas imágenes vienen a mi mente, imágenes que quiero compartir con ustedes a manera de introducción.

Primera imagen: la Universidad de Cambridge en la década de 1920. Una mujer talentosa se pregunta, frente a los imponentes muros universitarios, por qué las mujeres tienen tan pocas oportunidades de acceder a una buena educación. A ella no le fue permitido aprender griego, latín, retórica y filosofía, de modo que tuvo que estudiar por sí misma la mayor parte de las ramas del saber. Su nombre: Virginia Woolf. Los textos: *Un cuarto propio* y *Tres guineas*.

Segunda imagen: París en la década de 1930. Una joven dotada de talento sabe que no puede ingresar en la École Normale Supérieure, la institución de educación superior más prestigiosa en el campo de las humanidades en su país, porque aún se la reserva para los hombres. Por consiguiente, no conseguirá la atención individual ni la tutoría de los más grandes maestros de su época, y aunque se le permita concurrir a la universidad estatal cercana —la Sorbona— siempre se sentirá privada de una supervisión y una formación adecuadas. Brillante y tenaz, se con-

vertirá, no obstante, en escritora y filósofa. También bregará por los derechos de las mujeres a devenir sujetos de conocimiento y a participar activamente en los debates intelectuales de su tiempo, así como en la vida política, dado que ya habían ganado el derecho al sufragio en Francia. Dedicará la mayoría de sus escritos a desentrañar el interrogante crucial: ¿cómo pueden las mujeres, las oprimidas, devenir sujetos por propio derecho? Su nombre: Simone de Beauvoir. Los textos: *El segundo sexo* y *Ética de la ambigüedad*.

Tercera y última imagen: Utrecht a principios de la década de 1990. Dos mujeres jóvenes conversan sobre sus proyectos profesionales frente al edificio de Estudios de las Mujeres. Una de ellas pregunta: «¿Y qué harás después [de la graduación]?». La otra le contesta: «Bueno, las cosas normales que suele hacer una chica... docente, médica, profesora, diplomática, directora de museo, gerente, jefa de personal, directora de gabinete, periodista. Veremos». La primera, sin embargo, que ha estudiado «humanidades generales» y leído sobre las escasas posibilidades de empleo para las graduadas en humanidades, tiene una perspectiva diferente: «Considerándolo bien —dice— creo que aprenderé a jugar en el mercado de valores, así puedo retirarme a los 40 años y dedicarme a escribir mis *best sellers*».

La genealogía de la teoría feminista

Hablando de y en Utrecht a principios de la última década del siglo XX y de este milenio, sólo puedo acoger con beneplácito y con un sincero entusiasmo el que las mujeres hayan mejorado la imagen que tienen de sí y se valoren más a sí mismas gracias a las oportunidades educativas de que hoy disponen. Me produce un enorme regocijo la desenvuelta independencia de las jóvenes. Admiro su determinación y su autoconfianza.

En el caso de las alumnas aquí presentes, admiro aún más esas cualidades pues sé que han trabajado en el tema en sus clases de Estudios de las mujeres. Han aprendido una fundamental lección existencial a partir de la lectura de la grandeza y miseria de Virginia Woolf¹ y del genio y las frustraciones de Simone de Beauvoir.² El estudio de su propio género ha proporcionado a estas estudiantes universitarias una poderosa herramienta para el análisis y la evaluación de sí mismas. Su conocimiento

de las tradiciones culturales femeninas, de la literatura, de la historia de las luchas en favor de las ideas feministas aporta una dimensión adicional a su formación universitaria: les confiere una conciencia intelectual crítica que les permite aprehender la realidad. Los estudios de las mujeres constituyen una perspectiva desde la cual es posible concebir más lúcidamente la cultura contemporánea como intersección del lenguaje con las realidades sociales.³ Saben de dónde proviene su género y por lo tanto saben que la única manera de salir es hacia adelante. La conciencia feminista trasladada a la dimensión intelectual es una de las fuentes de su lucidez, autodeterminación y profesionalismo.

La conciencia —compartida hoy por muchas mujeres— de una herencia histórica profundamente negativa para el sexo femenino, asociada con una nueva sensación de orgullo, producto del conocimiento de que las luchas de las mujeres en el contexto de la modernización y la modernidad han logrado transformaciones de envergadura en el estatuto de las mujeres, constituyé un fenómeno ampliamente analizado y teorizado como el problema de la subjetividad femenina.

El campo de indagación conocido como estudios de las mujeres, desarrollado cuantitativa y también cualitativamente durante los últimos cincuenta años, es, por así decirlo, la prole intelectual y teórica de las ideas generadas por el movimiento de las mujeres.⁴ Analistas dedicadas a esta temática tales como Catharine Stimpson y Heste Eisenstein distinguen tres fases en el desarrollo de este campo de estudio. La primera se centra en la crítica al sexismo entendido como una práctica social y teórica que crea diferencias y las distribuye según una escala de valores de poder. La segunda apunta a reconstruir el conocimiento partiendo de la experiencia de las mujeres y de las formas de entender y representar las ideas desarrolladas dentro de las tradiciones culturales femeninas. La tercera fase enfoca la lente en la formulación de nuevos valores generales aplicables a la comunidad en su conjunto. Estas tres etapas se hallan intrínsecamente vinculadas y el proceso de desarrollarlas se produce, como es obvio, simultáneamente. Además, dejan claro que las ideas y la perspectiva crítica desarrolladas dentro de los estudios de las mujeres no incumben solamente a éstas, sino que implican la transformación de los valores generales y de los sistemas de representación. Por consiguiente, la cuestión del sujeto femenino no es únicamente un problema para las mujeres. Permítanme ampliar un poco más el tema.

Virginia Woolf y Simone de Beauvoir fueron, en su condición de mujeres y en muchos aspectos, sumamente privilegiadas; en todo caso, mucho más privilegiadas que casi todos los miembros de su sexo. Los temas a los que prestaron su voz y el área problemática que identificaron como la cuestión femenina trascendieron las historias y circunstancias de cada mujer individual. Así, Woolf dijo que para que *cualquier* mujer pudiese convertir su interés en las humanidades —y especialmente en la literatura— en una fuente de ingresos, era preciso satisfacer algunas precondiciones generales muy concretas. Esto es válido para cualquier mujer —es decir, para todas las mujeres— y no solamente para unas pocas privilegiadas.

En otras palabras, la categoría Mujer, pese a las diferencias que ciertamente existen entre las mujeres individuales, se identifica claramente como una categoría signada por supuestos comunes culturalmente impuestos. Por muy diferentes que sean en otros aspectos, todas las mujeres se hallan excluidas de la educación superior. ¿Por qué? Porque esta cultura tiene una cierta idea preestablecida de la Mujer, cuya consecuencia es la exclusión de todas las mujeres de los derechos a la educación. Tal es la representación tradicional de la Mujer como irracional, hipersensible, destinada a ser esposa y madre. La Mujer como cuerpo, sexo y pecado. La Mujer como «distinta de» el Hombre.

Esta representación constituye la negación de la subjetividad de las mujeres, y el resultado de ello es su exclusión de la vida política e intelectual. Aun en la esfera de la «vida privada», la Mujer no goza de la misma libertad que el Hombre en lo concerniente a la elección emocional y sexual: se espera que nutra y sirva de sostén al ego y los deseos masculinos; su propio ego no está en cuestión. Virginia Woolf dedicó varias páginas memorables al análisis de la función especular que cumplen las mujeres, argumentando que esta actividad de levantar el ego exige que la mujer parezca más débil, más incompetente y menos perfectible que el varón. En este aspecto, cabe considerar algunas de las quejas misóginas tradicionales contra la supuesta incompetencia intelectual y moral de las mujeres como una mera técnica retórica cuyo objetivo es construir al Hombre elevándolo a la categoría de modelo ideal. La misoginia no es un acto irracional de odio a la mujer sino, más bien, una necesidad estructural, un paso lógico en el proceso de construir la identidad masculina oponiéndola —es decir, rechazando— a la Mujer. Consecuentemente, la Mujer se vincula con el patriarcado por la negación.

La paradoja de ser definida por otros reside en que las mujeres terminan por ser definidas como otros: son representadas como diferentes del Hombre y a esta diferencia se le da un valor negativo. La diferencia es, pues, una marca de inferioridad.

El clásico argumento de la misoginia –una tendencia muy persistente en nuestra cultura– pretende que esta diferencia, entendida como inferioridad, constituye un rasgo natural. Para el misógino, la biología o la anatomía es simplemente un destino, y el cuerpo de la mujer, al que considera único por su capacidad reproductora, es inferior al de los hombres en los demás aspectos.

Desde el siglo XVIII, la posición feminista consistió siempre en atacar los supuestos naturalistas acerca de la inferioridad intelectual de las mujeres, desplazando las bases del debate hacia la construcción social y cultural de las mujeres como seres diferentes. Al efectuar tal desplazamiento, las feministas enfatizaron el reclamo de la igualdad educativa como un factor capaz de disminuir las diferencias entre los sexos, por cuanto estas diferencias son la fuente de la desigualdad social. En *Tres guineas* Virginia Woolf escribe lo siguiente:

Cabría inferir entonces el hecho indiscutible de que «nosotras» –esto es, un todo compuesto de cuerpo, cerebro y espíritu e influido por la memoria y la tradición– debemos diferir no obstante en algunos aspectos esenciales de «vosotros», cuyo cuerpo, cerebro y espíritu han sido capacitados de un modo tan diferente e influidos por la memoria y la tradición de una manera tan distinta. Aunque veamos el mismo mundo, lo vemos a través de ojos diferentes. Cualquier ayuda que podamos darles debe ser diferente de la ayuda que ustedes pueden darse a sí mismos, y tal vez el valor de esa ayuda estribe en el hecho mismo de esa diferencia.

Diez años después Simone de Beauvoir llega aun más lejos en su argumento contra la manera dualista –vale decir, opuesta– de presentar las diferencias entre los sexos. En su opinión, las mujeres están representadas y construidas como diferentes por una sociedad que necesita excluirlas de las áreas cruciales de la vida cívica: no sólo de la universidad y la política organizada, sino también del gerenciamiento, la Iglesia, el ejército, los deportes competitivos, etc. La diferencia u «otredad» que las mujeres corporizan resulta necesaria para sostener el prestigio del «uno», del sexo masculino en cuanto único poseedor de subjetivi-

dad entendida como *habilitación* para participar activamente en todos estos campos. En otras palabras, De Beauvoir considera que la descalificación del sujeto femenino es una necesidad estructural de un sistema que construye las diferencias como oposiciones, lo cual constituye la mejor manera de afirmar las normas, el estándar normal: lo masculino.

Al analizar la posición de la Mujer como las mujeres de los hombres, Beauvoir destaca, aunque sólo sea para condenarlo, el concepto de racionalidad —o de razones teóricas—, que no es sino el instrumento por excelencia de la dominación masculina. De ese modo desata el nudo que durante siglos mantuvo unidos el uso de la razón y el ejercicio del poder. En la perspectiva feminista así definida existe un lazo entre la racionalidad, la violencia y la masculinidad.

Este supuesto lleva a cuestionar los fundamentos mismos y la presunta neutralidad del discurso racional. La teoría feminista critica los mitos y mistificaciones que rodean a la Mujer, entendida como el constructo de la imaginación del varón, una teoría que inaugura una tradición cuyo objetivo es subvertir la sistemática descalificación y denigración del sujeto femenino. De acuerdo con el feminismo, los hombres se han apropiado de jure de la facultad de la racionalidad, y han confinado de facto a las mujeres a la irracionalidad compulsiva, a la insensatez, a la inmanencia y a la pasividad.

Este abordaje intelectual de la problemática de las mujeres marca uno de los momentos más significativos en la historia de las ideas feministas. El momento fundacional de la historia feminista es la afirmación de un lazo entre todas las mujeres, de una relación entre ellas que existe en la medida en que comparten la misma categoría de diferencia entendida como negativa. Al declarar que ella no podía pensar adecuadamente en su propia existencia individual sin tomar en cuenta la condición general de las mujeres y, además, la categoría de Mujer como construcción patriarcal, De Beauvoir sienta las bases para una nueva clase de sujeto femenino: una categoría política y teórica «sujeta al cambio», como dijo Nancy Miller (Miller, 1988) o, para citar a Teresa de Lauretis (1986 y 1987), un «sujeto feminista femenino».

La pensadora feminista femenina toma como objeto de estudio la experiencia de las mujeres y la categoría de Mujer, y lo hace no sólo para comprender el mecanismo de descalificación de su género, sino también para liberar a la noción de Mujer de la red de semiverdades y prejuicios adonde la confinó el patriarcado. A partir de Simone de Beau-

voir, algunas feministas trabajaron con miras a alcanzar una definición más apropiada de la categoría de Mujer, y analizaron la opresión femenina como una descalificación simbólica simultánea por parte del patriarcado y como una explotación concreta en la sociedad patriarcal. Asimismo, defendieron una doble visión: criticar la construcción de la femineidad según el modo opresivo y descalificador característico del patriarcado y, al mismo tiempo, convertir las tradiciones culturales y las modalidades cognitivas de las mujeres en una fuente de afirmación positiva de otros valores.

Al hacerlo, las teóricas feministas situaron el tema de la subjetividad en el marco de las cuestiones relativas a los derechos y a la autoridad, es decir, al poder. Se establece pues una conexión entre la política y la epistemología, consideradas como términos de un proceso que construye también al sujeto en cuanto agente material y semiótico.³

En mi opinión, el feminismo constituye la pregunta; la respuesta es el empoderamiento de la subjetividad femenina en el sentido político, epistemológico y experiencial. Por empoderamiento me refiero tanto a la afirmación positiva (teórica) como a la promulgación concreta (social, jurídica, política).

La experiencia es la noción central que sustenta este proyecto; la experiencia de las mujeres en la vida real que Adrienne Rich expresa tan vigorosa y bellamente en la idea de «política de localización». La política de localización significa que el pensamiento, el proceso teórico no es abstracto, universalizado, objetivo ni indiferente, sino que está situado en la contingencia de la propia experiencia y, como tal, es un ejercicio necesariamente parcial. En otras palabras, la propia visión intelectual no es una actividad mental desincardinada; antes bien, se halla estrechamente vinculada con el lugar de la propia enunciación, vale decir, desde donde uno realmente está hablando. La obra de Mieke Bal sobre la focalización y el género constituye un ejemplo excelente de este concepto de «localización».⁶

No se trata de relativismo sino, en todo caso, de un enfoque topológico del discurso donde la posicionalidad resulta crucial. La defensa feminista de los «saberes situados», para citar a Donna Haraway (1988), choca con la generalidad abstracta del sujeto patriarcal. Lo que está en juego no es la oposición entre lo específico y lo universal, sino más bien dos maneras radicalmente diferentes de concebir la posibilidad de legitimar los comentarios teóricos. Para la teoría feminista, la única manera

coherente de hacer acotaciones teóricas generales consiste en tomar conciencia de que uno está realmente localizado en algún lugar específico.

En el marco conceptual feminista el sitio primario de localización es el cuerpo. El sujeto no es una entidad abstracta sino material incardinada o corporizada. El cuerpo no es una cosa natural; por el contrario, es una entidad socializada, codificada culturalmente; lejos de ser una noción esencialista, constituye el sitio de intersección de lo biológico, lo social y lo lingüístico, esto es, del lenguaje entendido como el sistema simbólico fundamental de una cultura.⁷ Las teorías feministas de la diferencia sexual asimilaron la perspectiva crítica de las teorías dominantes de la subjetividad a fin de desarrollar una nueva forma de «materialismo corporal», que define el cuerpo como una interfaz, un umbral, un campo de fuerzas intersecantes donde se inscriben múltiples códigos. Según Gayatri Spivak,⁸ el cuerpo incardinado no es una esencia ni un destino biológico, sino más bien la propia localización primaria en el mundo, la propia situación en la realidad. El énfasis puesto en el incardinamiento, «o sea en la naturaleza situada de la subjetividad permite a las feministas elaborar estrategias destinadas a subvertir los códigos culturales.»⁹ Ello obliga a reconsiderar las propias estructuras conceptuales de las ciencias biológicas, a recusar los elementos del *determinismo*, físico o psíquico, del discurso científico¹⁰ y también a refutar la idea de la neutralidad de la ciencia señalando el papel importante desempeñado por el lenguaje en la elaboración de los sistemas de conocimiento.¹¹

Para el análisis feminista, la cultura patriarcal es un sistema que ha codificado los sujetos incardinados en términos específicamente sexuales de acuerdo con la más antigua de todas las dicotomías: varón/mujer. En consecuencia, los sujetos se diferencian principalmente por el sexo, aunque también estén estructurados por otras variables igualmente poderosas, de las cuales las más importantes son la raza y la *etnia*. La dicotomía sexual que marca nuestra cultura situó sistemáticamente a las mujeres en el polo de la diferencia, entendida como *inferioridad* respecto de los hombres.

La pregunta feminista femenina es entonces de qué manera afirmar la diferencia sexual no como «el otro», el otro polo de una oposición bi-

* Véase nota al pie, cap. 8, pág. 187.

naria convenientemente dispuesta para sostener un sistema de poder, sino, en todo caso, como el proceso activo de potenciar la diferencia que la mujer establece en la cultura y en la sociedad. La mujer no es ya *diferente de* sino *diferente para* poner en práctica nuevos valores.

La rehabilitación de la diferencia sexual permite reconsiderar las demás diferencias: de raza o etnia, de clase, de estilo de vida, de preferencia sexual, etc. La diferencia sexual representa la positividad de las múltiples diferencias, en oposición a la idea tradicional de la diferencia como «peyorativización» [*pejoration*].

La modernidad

El tema de la diferencia sexual se comprende mejor si se lo interpreta en el contexto de lo que acertadamente se llama modernidad. No me ocuparé de los aspectos económicos del problema, salvo para destacar que la transformación llevada a cabo en nuestras estructuras de producción exige, para ingresar en el mundo del trabajo, mujeres profesionales sumamente capacitadas y, además, la existencia de una fuerza laboral femenina consolidada. Que en un contexto semejante tantas mujeres, especialmente las jóvenes, estén desempleadas y que la cima de la escala profesional —sobre todo en instituciones tales como las universidades— esté dominada aún por los hombres constituye, por cierto, una flagrante contradicción. El éxito profesional y el bienestar de las mujeres de hoy dependen, en gran medida, de la tenacidad y determinación frente a un entorno cuya actitud hacia las mujeres de carrera es contradictoria, por decir lo menos. Las contradicciones económicas concernientes a la fuerza laboral femenina señalan un mayor número de problemas teóricos y de representaciones culturales de la mujer que marcan la era y el proyecto de la modernidad. En suma, se trata de dos necesidades simultáneas: por un lado, la presencia y actividad de las mujeres en la sociedad; por el otro, su permanente y necesaria explotación.

Por *modernidad* me refiero a un capítulo del pensamiento occidental, cronológicamente incierto pero intelectualmente innegable, durante el cual el sistema clásico de representación del sujeto entró en crisis. Así pues, interpreto ese momento como la crisis de la identidad masculina en un período histórico en que se está impugnando y reestructurando el sistema del género. Siguiendo el análisis propuesto por filósofos franceses